

VIDA DE SAN RODOLFO OBISPO DE GUBBIO Y DE SAN DOMINGO LORICATO.
(Año de Cristo 1063, 26 de junio.---Año de Cristo 1062, 1 de octubre.) Con notas del
anónimo.

ARGUMENTO.

Le había ordenado el papa Alejandro que escribiera algo digno de memoria y que, por su utilidad, mereciera ser conservado en los monumentos públicos. Así, escribe sobre las costumbres, vida y santísimos actos de Rodolfo, obispo de Gubbio, y de Domingo Loricato. Había sido informado de que ambos habían fallecido recientemente, y su muerte le había causado no poca tristeza. También menciona algo sobre Pedro, hermano de Rodolfo, y otros monjes de su monasterio, célebres por su santidad de vida y conversación.

PRÓLOGO.

Al señor ALEJANDRO, beatísimo papa, PEDRO, pecador y monje, en servicio.

Tu beatitud, venerable padre, me ordenó que nunca te enviara cartas que contuvieran algo trivial, digno de olvido y frívolo; cartas que, apenas leídas por el lector, la voraz llama consume; sino que siempre te escribiera algo que pudiera ser recibido para la edificación de los lectores y mereciera ser conservado entre las escrituras auténticas. Por ello, debemos dar gracias al Padre de las luces, quien ha encendido el santuario de tu corazón con este fuego de su amor, para que descanses continuamente en los estudios de los Padres antiguos; y además, si ves a alguien idóneo, no descuides incitarlo a escribir.

Así, habiendo salido recientemente de vuestra presencia, cuando entré en las murallas de la ciudad de Florencia, un mensajero repentino se me acercó, quien convirtió mi mediodía en tinieblas y llenó las venas de mis entrañas con la hiel de su amarguísimo mensaje; a saber, que el obispo de Gubbio había fallecido, cuya vida, si se recuerda, puede edificar no poco a los oyentes. Pues es útil tanto para expresar correctamente la forma de vivir como para aplicar disciplina a las costumbres que necesitan corrección. Hace casi siete años, él, junto con su madre y dos hermanos que le precedían en edad, habiendo liberado a sus siervos, me entregó su castillo, fortificado con inexpugnable defensa, junto con todas las propiedades que eran de su derecho, y viniendo al eremitorio, tomó el hábito de la profesión monástica.

CAPÍTULO PRIMERO. San Rodolfo se hace monje.

Construimos un monasterio en sus posesiones, del cual ahora nos alegramos en el Señor por su santo convento que vive regularmente, donde, con su madre y su hermano, que es más débil, establecidos, este Rodolfo, quien más tarde fue elevado al culmen del episcopado, y Pedro, su hermano primogénito, llevaron una vida eremítica tan continentemente, tan estrictamente, que la fama los proclamaba admirables a los oyentes, y la vida los mostraba insignes a los convivientes. Ciertamente, si quisiera relatar todo lo que sé de Pedro, tal vez este escrito se agotaría antes de que la materia de la que hablar se terminara. Pues, para referir brevemente al menos uno de muchos, mientras en el capítulo considerábamos, discutiendo a veces sobre las disciplinas regulares, él, como era novicio, pronunció una palabra desordenada según la costumbre secular. Entonces, como si movido por la ira, lo reprendí con una invectiva bastante dura, y después de largos azotes de reproches y correcciones, imponiéndole una sentencia como si fuera una cuestión, le ordené abstenerse del vino por cuarenta días, con la intención de disuadirlo en el presente de discursos imprudentes junto con los demás, pero luego moderar la sentencia con el criterio de una indulgencia discreta.

Pero, como me vi envuelto en diversos asuntos y nadie me lo recordó, ya transcurrido el tiempo prescrito, finalmente recordé y me asusté, y atónito indagué qué había hecho Pedro con la penitencia impuesta. Así, por el relato de los hermanos, supe que la penitencia había sido cumplida. Me arrepentí, lo confieso, de la sentencia pronunciada, pero me alegré y admiré tanta penitencia del hermano, que por una sola palabra pronunciada imprudentemente había preferido una penitencia tan larga, y ni por sí mismo ni por otros había pedido indulgencia.

CAPÍTULO II. San Rodolfo no abandona el rigor monástico en el episcopado.

Ahora, pues, que el discurso vuelva al obispo, de quien había comenzado. Aunque Pedro, siendo mayor en edad, también siempre lo precedía en el camino del arduo propósito y de la vida estricta, sin embargo, este, promovido a los deberes del oficio sacerdotal, no omitió en la Iglesia lo que aprendió en el eremitorio. Siempre vestía sus miembros con cilicios, contento con vestimentas muy humildes y despreciables. Cuando la naturaleza de la juventud le causaba a menudo una gravísima acedia, ataba cuerdas a los techos de su celda, y así, con los brazos insertos, se dedicaba colgado al estudio de los salmos. Nunca comía grasa, ni huevos, ni queso. En los mismos alimentos que se le servían, su frugalidad lo atormentaba, de modo que al sentarse a la mesa no tanto se alimentaba como luchaba, y era más bien una guerra interna de gula lo que externamente parecía un banquete. A menudo luché para que al menos en la inclemencia del frío invernal, se pusiera debajo de sí esteras de papiro o al menos se vistiera por la noche al dormir. Pero él, desnudo sobre una tabla de madera desnuda, se contentaba con una simple túnica. Consideraba la iglesia como un albergue, pero decretaba que su celda en la soledad era su morada. Las costumbres desordenadas del pueblo, las cervices indisciplinadas, y el yugo leve (Mat. XI) del Señor no se dejaban imponer; sino que, atentos a los bienes terrenales, no anhelaban la palabra de Dios de la boca del pontífice, sino que, como si fuera de las manos de un gobernador, codiciaban beneficios. Esta región, cuanto más se encuentra ajena a las riquezas, más abundantemente abunda en vicios. Obligado por mi insistencia, retenía la iglesia que había dejado por voto, pero habitaba más perseverantemente en el eremitorio.

CAPÍTULO III. Abstinencia de Rodolfo.

Siempre que podía obtener que se hiciera pan de este tipo en el eremitorio, comía pan, no de los hermanos, ni siquiera de los niños; sino aquel que se hiciera de cebada pura, o más bien de lo que quedara de los panes de los niños que se debía dar a los perros. Y aunque fuera este pan el que lo contentaba diariamente, excepto en los días más celebrados, medía atentamente la cantidad con las balanzas de la equidad. Por lo cual, alguna vez se quejó conmigo de que si se le concediera la medida, indulgiría más generosamente a su gula con este mismo pan. Tal era la inanición que afligía al joven, que, de dondequiera que percibiera el consuelo del alimento, el estómago no se preocupaba por el vientre vacío. A veces, incluso en los días dominicales, sin conocer guiso, vivía solo de frutas y pan con agua. Siempre llevaba un cinturón de hierro alrededor del pecho; pero ocultaba cuidadosamente este cinturón, sumergido bajo su ropa, cuando se desnudaba ante los hermanos. Nunca asistía al capítulo de confesores sin recibir disciplina, y entonces se alegraba festivamente si se le ordenaba ser azotado no por uno solo, sino por dos hermanos. A menudo asumía una penitencia de cien años, que cumplía en veinte días con el golpe de escobas y otros remedios de penitencia. Diariamente recitaba el salterio, y cuando no podía dos, al menos uno no dejaba de cumplir. Lo cual, cuando estaba en la celda, armado con escobas en ambas manos, solía completar todo con disciplina.

Por otra parte, cuando estaba en alguna expedición, se levantaba en la más profunda oscuridad de la noche, y con las piernas y pies desnudos, no cesaba de salmodiar hasta que amanecía. Esta costumbre, cuando estaba en la celda, la mantenía sin cesar día y noche. Por más que el invierno rigiera con dureza, protegía sus pies con simples calcetines, mientras que su hermano se contentaba con simples zapatos. A menudo me conjuraba terriblemente por la clemencia de Cristo, para que si alguna vez excedía, no me apartara de su corrección, sino que cumpliera en él toda la medida de disciplina que se debía a los monjes. Así, observaba laudablemente la regla del monje y la autoridad del obispo en alterna vicisitud. Oportunamente y fuera de tiempo insistía con la palabra de predicación, y todo lo que podía sustraer de los gastos domésticos, lo dispersaba generosamente entre los pobres. Congregando anualmente un sínodo, no permitía que se exigiera a los clérigos ningún canon de ofrenda acostumbrada o regalos, y ni siquiera de los caídos requería algún beneficio, excepto la sola penitencia: "Lejos de mí", decía, "vender el sínodo; prefiero levantar a los caídos que engordar al modo de los cuervos de sus cadáveres". Me cansa seguir escribiendo, y el dolor parece detener mis manos como el de un padre ante una pintura.

CAPÍTULO IV. Feliz muerte de él.

Adornado, pues, con estas y otras flores de virtudes, como un lirio candente, la escarcha de una muerte prematura lo marchitó, de modo que, cuando apenas parecía tener más o menos treinta años, migró de esta infeliz luz al Autor de la verdadera luz. Pues, como dice la Escritura, "consumado en breve, cumplió muchos tiempos". Porque su alma era agradable a Dios (Sab. IV). Y con razón se dice que, consumado en breve, cumplió muchos tiempos, porque, mientras en ese poco que vivió mantuvo el camino de la justicia, en cuanto a él, dedicó todos los tiempos al servicio del Creador. Ciertamente, todo lo que la Sabiduría dice allí del santo varón, le conviene en todo, como si se dijera especialmente de él: "La vejez venerable no es la de larga duración ni la computada por el número de años. Las canas son los sentidos del hombre, y la edad de la vejez es la vida inmaculada, agradable a Dios". Por eso sigue: "Hecho amado, y viviendo entre pecadores, fue trasladado. Fue arrebatado para que la malicia no cambiara su entendimiento, o para que la ficción no engañara su alma. Por esto se apresuró a sacarlo de en medio de la iniquidad" (Ibid.).

CAPÍTULO V. Vida del venerable varón Domingo Loricato.

Pero he aquí que, mientras se busca al portador de esta carta que venga a vosotros y no se encuentra, de repente surge algo más que puede ser más provechoso para la edificación si se escribe. Y tal vez por esto se me retira el mensajero por disposición divina, para que, mientras tanto, estando yo libre, el estilo se transfiera a otra cosa. Así, el varón de Dios Domingo, padre y señor mío, falleció hace un año, cuya vida, si se escribe, temo que tal vez algunos hermanos la juzguen increíble. Pero lejos de mí escribir mentiras. Pues quien por mis fuerzas cultivo la verdad, no admito el engaño de la falacia. Ni nos es desconocido aquello del Apóstol, quien, habiendo dicho antes: "Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación"; añadió enseguida: "Nos hallamos también como falsos testigos de Dios, porque hemos testificado contra Dios, que resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si los muertos no resucitan" (I Cor. XV). En estas palabras de la sentencia apostólica, para no detenernos más, el lector entiende claramente que quien finge que Dios o el siervo de Dios ha hecho algo admirable, no solo no merece la recompensa del elogio fabricado, sino que también se le demuestra haber dado falso testimonio contra aquel a quien había alabado.

CAPÍTULO VI. Se hace monje eremita.

Así, Domingo, siendo clérigo en el mundo, porque entonces prevalecía la herejía simoníaca, que ojalá ahora estuviera completamente extinguida, para hacerse presbítero, sus padres dieron al obispo una piel de cabra curtida, porque, como dice el Apóstol: "A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Rom. VIII), esta única culpa del bienaventurado varón se prueba que fue la materia de muchos bienes posteriores. Pues, aterrorizado por este temor, despreció el mundo, se vistió de monje, y pronto, como un intrépido guerrero, emprendió el arduo instituto de la vida eremítica. Pero, como fue mal promovido, mientras vivió, no se atrevió a usurpar el ministerio del altar sagrado. Fue virgen hasta su muerte, no abandonó la vida eremítica, donde ciertamente vivió muchos años bajo la dirección del santo varón Juan, llamado del monte Feretri. En ese eremitorio, que estaba en la región llamada Luceoli, había dieciocho celdas destinadas a la habitación de los hermanos, donde se vivía bajo esta regla: nunca bebían vino, nunca condimentaban los alimentos con grasa; tomaban un guiso el domingo, y también el jueves, y cinco días a la semana celebraban el ayuno con pan y agua; dedicados solo a las oraciones o a las obras de sus manos, no ejercían la agricultura, no poseían propiedades ni ninguna sustancia, excepto un solo asno. Con el cual, o con un caballo, había un solo servidor, que incansablemente corría para adquirir o moler los granos, y solo él los sustentaba en todas sus necesidades, Juan, quien luego fue hecho abad del lugar, gobernó el convento bajo una administración honesta. Mantenían durante toda la semana un estricto silencio, que rompían el domingo después de vísperas y la comida, teniendo libertad de hablar entre ellos hasta el oficio de completas. Además, permanecían en las celdas con los pies y piernas desnudos. Me dijo que, cuando convivía con Anso, un varón religioso a quien también vi, diariamente se infligían mutuamente disciplina con golpes de escobas en todas las horas canónicas. Este Anso alguna vez se quejó de que tenía en el vientre nueve raciones diarias de pan. Tal era la inanición que los afligía que el pan seco se constipaba en sus entrañas y difícilmente podía digerirse.

Allí también había un hermano que a menudo intentaba salir vagabundo de la celda, a quien Juan, el prior del eremitorio, como era digno, primero reprendió severamente, luego ordenó que lo azotaran en su presencia. Y cuando, por orden del maestro, comenzó a vestirse, habló con soberbia. Nuevamente, el maestro ordenó que se desnudara y lo mandó azotar. Pero aún comenzando a vestirse, no cesó de pronunciar algo soberbio. Así, por tercera, cuarta, y si recuerdo bien, hasta seis veces fue azotado sin enmendarse. Desnudo y vuelto a vestir, no pudo responder humildemente. Pero la séptima vez que fue azotado, cuando comenzó a vestirse, comenzó a clamar en voz alta, diciendo: "He aquí que el diablo se ha ido, he aquí que el malvado habitante de mi corazón ha huido, y me ha dejado libre, rompiendo las cadenas que me ataban. Ahora, ahora, prometo obedecer de buen grado a mi señor y maestro y someterme a sus leyes en todo". De este modo, aquel hermano volvió a la custodia de la humildad, y permaneciendo siempre en la celda, vivió irreprochablemente de ahí en adelante.

CAPÍTULO VII. Se convierte en discípulo de San Pedro Damián.

Mucho después, con el consentimiento del maestro, el santo varón mencionado se dignó, con una humildad verdaderamente admirable, a encomendarse a mí, miserable e indigno, como a un abad, y someterse como monje. A quien ciertamente prestó, no recibió. Y a quien había recibido como en sujeción de cliente, me alegro de haberlo percibido como un verdadero filósofo y maestro en la escuela de Cristo. Toda su vida era predicación y edificación, doctrina y disciplina. Pero como ya hemos esparcido en diversas obras de nuestro dictado algunos dichos o hechos de este santo varón, no parece absurdo que aquí, los que tenemos a mano, los añadamos en el mismo estilo en que fueron escritos. Ciertamente, es más fácil construir una casa con maderas labradas que labrar y construir al mismo tiempo, duplicando el ejercicio del trabajo. Pues también está escrito sobre el templo de Salomón: "La casa,

cuando se edificó, fue construida con piedras labradas y perfectas; y no se oyó en la casa, cuando se edificaba, ni martillo, ni hacha, ni ningún instrumento de hierro" (I Reg. VI). Tenemos también nosotros, según la impericia de nuestra mano, piedras pulidas, que nos basta simplemente ordenar en la estructura tal como se encontraron.

CAPÍTULO VIII. San Domingo vestido con una loriga de hierro sobre la carne.

En la carta enviada al señor Teuzón, el recluso, encuentro que escribí esto: "Pero, ¿por qué, al conmemorar a los santos varones, recorro diversos lugares, cuando tengo ante mí y a mano a quien no me atrevo a alabar dignamente por falta de fuerzas? Ciertamente, con las celdas dispuestas a ambos lados, solo la basílica media nos separa. Si me dedico a enumerar sus virtudes, el día se acabaría antes de que la materia de escritura pareciera poder agotarse. Me refiero a Domingo, mi maestro y señor, cuya lengua es rústica, pero su vida es sumamente hábil y encantadora. Esta vida, ciertamente, predica más útilmente para la edificación con obras vivas que la lengua estéril de algunos, que pesa vanamente palabras de urbanidad adornada y precisa. Ya en el largo transcurso de años, ceñido con una loriga de hierro sobre la carne, libra una lucha infatigable con los espíritus malignos, y siempre listo para la batalla, no solo con el corazón, sino también con el cuerpo armado, avanza como un ferviente guerrero contra las huestes enemigas. Esta es la costumbre de su vida continua, que apenas pasa un día sin que, al recitar dos salterios, golpee su cuerpo desnudo con escobas armadas en ambas manos. Y esto en un tiempo más relajado. Pues en los círculos cuaresmales, o cuando tiene que realizar una penitencia (a menudo asume una penitencia de cien años), entonces cada día, mientras se aflige con los golpes de las escobas, al menos recita tres salterios meditando. La penitencia de cien años, como aprendimos de su propio autor, se cumple así. Pues cuando tres mil golpes de escobas completan regularmente un año de penitencia entre nosotros, y la recitación de diez salmos, como se ha probado a menudo, admite mil golpes de escobas, al no dudarse que el salterio consta de ciento cincuenta salmos, cinco años de penitencia se encuentran en la disciplina de un salterio para quienes calculan correctamente. Pero ya sea que multipliques cinco por veinte, o veinticinco por cuatro, hacen cien. Por lo tanto, quien recita veinte salterios con disciplina, confía en haber cumplido una penitencia de cien años. Aunque en esto nuestro Domingo supera a muchos, porque mientras algunos ejercitan una mano en las disciplinas, este, como verdadero hijo de Benjamín, lucha infatigablemente con ambas manos contra las tentaciones rebeldes de la carne. Esta penitencia de cien años, como él mismo me confesó, la completa fácilmente en seis días según su costumbre. También recuerdo que, al inicio de una Cuaresma inminente, pidió que se le impusieran mil años de penitencia, los cuales, ciertamente, casi todos los completó antes de que se terminara el tiempo de ayuno. Y poco después, continué con esto.

Nunc ad Dominicum, de quo coeperat, sermo recurrat. En efecto, aunque ya la encorvada vejez lo oprime y frecuentemente se debilita por repetidas enfermedades, es asombroso de dónde le viene tal fervor que lo hace siempre invicto e infatigable en los ejercicios espirituales. Pues, como supe por él mismo, a menudo recita dos salterios de pie con disciplinas, sin sentarse ni descansar un momento de los golpes, con un increíble fervor de mente. Cuando le pregunté si podía, con el peso de la vestimenta de hierro, sudar un poco al doblar las rodillas, me respondió con cierta oscuridad: "Cuando mi salud me lo permite, solía doblar las rodillas cien veces por cada quince salmos del salterio completo." No presté mucha atención en ese momento, pero luego, reflexionando sobre lo dicho, me asomé al darme cuenta de que un hombre debilitado realizaba mil metanoias en un solo salterio (consulta las notas al final de la Vida). Un día, después de vísperas, al entrar en mi celda, me dijo: "Maestro" (pues con este indigno título me llama por humildad), "hoy hice lo que no recuerdo

haber hecho antes, recité ocho salterios entre el día y la noche." Su rostro parecía entonces tan desgastado por los golpes y marcado por algunas cicatrices que parecía haber sido golpeado como si fuera una bola, al estilo de las gachas. La salmodia le resulta tan fácil porque, como él mismo afirma, no repite las palabras con la lengua, sino que recorre el sentido con la vivacidad de la mente.»

CAPÍTULO IX. Su alimento más lujoso es pan con hinojo.

«En una ocasión vivía alejado de mí, y cuando le pregunté bajo qué reglas de vida se regía, respondió que vivía carnalmente y que los miércoles y domingos se relajaba del rigor habitual de la abstinencia. Al preguntarle si comía algún guiso, huevos o queso, lo negó; nuevamente, si comía pescado o frutas. "El pescado y las frutas, si las hay, las ofrezco a los enfermos, de los cuales lamento que haya una gran multitud en nuestras tierras." Cuando lo presioné, diciendo: "¿De qué manera vives más relajadamente esos días si no comes nada que deba ser cocido o encontrado en los árboles?" Respondió: "Me gusta comer pan con hinojo." Inmediatamente comprendí cuán carnalmente vivía el hombre que consideraba sus delicias en el hinojo. Tiene ciertamente una abundante gracia de lágrimas, pero alterna. Pues cuando se reprime en estricto silencio, pronto, si lo desea, llora abundantemente. Pero si se le frecuenta en conversación, se queja de haber perdido el llanto, y yo a menudo le reprocho mi propia sequedad, diciendo: "¡Ay! Padre mío, esas lágrimas tuyas son infecundas, que no pueden engendrar otras lágrimas al orar. Desearía, como es natural, que así como tú eres mi padre, también tus lágrimas fueran las madres de mis lágrimas.»

En la regla eremítica también recuerdo haber insertado esto. Lo diré. Pero, ¿quién sabe si se dará crédito a esta afirmación tan fiel? Pero no importa si la temeridad humana acusa a quien la suma verdad excusa de falsedad. Hay entre nosotros quien a veces, en un solo día continuado con la noche, recita meditando nueve salterios, y mientras tanto casi siempre se golpea el cuerpo desnudo con escobas en ambas manos. Cabe señalar que, mientras se esfuerza por hacer esto, no tiene tiempo para dormir de noche o de día, pero a veces, al doblar las rodillas y apoyar la cabeza en el suelo, el sueño lo sorprende de repente, y con eso se contenta. Este hermano, en alguna ocasión, se quejó a mí con fraternal familiaridad de que, aunque a menudo completaba nueve salterios de esta manera, nunca pudo llegar al décimo.

En la carta que dirigimos a la condesa Blanca, parece que también incluimos esto: "Ojalá pudieras ver ahora a mi señor Dominico, quien, con lo que intentamos hacer con el oficio de nuestra lengua inexperta, él mismo te enseñaría y formaría con el ejemplo más eficaz de su vida resplandeciente. Este, desde hace aproximadamente tres lustros, lleva una coraza de hierro sobre la carne, y está ceñido con dos círculos de hierro en el cuerpo, y otros dos en los brazos."

CAPÍTULO X. Completa doce salterios seguidos, flagelándose mientras tanto.

Pero como ya hemos tratado extensamente sobre él en otras de nuestras obras, ahora contaremos lo que nos relató hace apenas seis días al venir a nosotros. Dijo así: "Sucedió que supe que habías escrito que había recitado nueve salterios en un solo día con disciplinas corporales. Cuando lo escuché, temblé de miedo y gemí con remordimiento de conciencia. ¡Ay de mí!, dije, esto se ha escrito sobre mí sin que yo lo supiera; y sin embargo, no sé si podría haberlo hecho. Así que lo intentaré de nuevo, y reconoceré sin duda si puedo cumplirlo. El miércoles, me despojé de mis vestiduras y, armado con escobas en ambas manos, no dejé de salmodiar y golpearme durante toda la noche en vela, hasta que, al día siguiente, habiendo completado doce salterios como de costumbre, el tercer día llegué

arrastrándome hasta el salmo 'Beati, quorum'. Por lo demás, lo que a nosotros a menudo nos parece duro y áspero, él lo considera infantil y despreciable, como lo demuestra un ejemplo. Un hermano, que aborrecía demasiado golpearse con escobas y consideraba muy grave infligirse y soportar tales golpes, finalmente accedió a las frecuentes exhortaciones del señor Dominico, y durante la recitación de todo el salterio, y además de cincuenta salmos, no dejó de infligirse disciplina con sus propias manos.

«Era la noche anterior al domingo y a la festividad de San Miguel. Cuando llegó la mañana y el hermano fue a ver al anciano mencionado, temiendo ser reprendido por falta de discreción, relató lo que había hecho en orden, y él respondió con estas palabras: No temas, hermano, ni desconfíes por esta tu debilidad actual; pues Dios puede elevarte de lo más bajo a lo más alto, y fortalecer la infancia de tu conversación láctea hasta el crecimiento de la fortaleza juvenil. Y añadió: Nosotros también comenzamos poco a poco, y aunque débiles y frágiles, fuimos llevados a donde la divina piedad quiso llevarnos. Así que no lo reprendió por su fervor desmedido, como él temía, sino que lo animó para que no sucumbiera a la desesperación, como si hubiera hecho muy poco. Por el ejemplo de este santo anciano, la costumbre de la disciplina se ha arraigado tanto en nuestras tierras, que no solo los hombres, sino también las mujeres nobles han abrazado ansiosamente este tipo de purgatorio. Pues la viuda de Teobaldo, de noble linaje y no de baja dignidad, me relató en una ocasión que había cumplido una penitencia de cien años según la regla establecida de esta disciplina.»

En la carta también dirigida a Juan, prior del eremitorio situado junto al monte Suavicino, cuando lo exhortaba a él y a sus subordinados a la extensión de los brazos en las oraciones, primero hablé de un hermano nuestro muy ferviente en el amor de Cristo, llamado Adán, y luego puse a Dominico como ejemplo, diciendo: «Tenemos un joven hermano que me confesó que mantenía los brazos elevados desde el principio hasta el final del salterio mientras salmodiaba, de modo que a menudo tocaba con las manos el techo de la celda. Sin embargo, con la discreción de bajar los brazos por un momento cada cincuenta salmos y luego levantarlos de nuevo. Tenemos también a otro de mayor edad, un anciano encorvado, y, para confesarte en secreto, este es Dominico. Él encontró un pequeño escrito donde se decía: Si alguien recitara los doce salmos allí anotados veinticuatro veces, con los brazos extendidos en forma de cruz, podría compensar un año de penitencia regular. Inmediatamente lo tomó como ejercicio, y recitaba esos doce salmos, con los brazos extendidos en forma de cruz, como se dijo, veintiséis veces sin interrupción, sino de un solo tirón cada día.» He escrito sobre esto y quizás en otras obras, pero como ahora faltan o no vienen fácilmente a la memoria, dejemos de repetir lo que ya está escrito y pasemos a cualquier nuevo tema.

En verdad, como un fuego divino ardía continuamente en su pecho, que nunca le permitía descansar del trabajo del ejercicio espiritual. Pues en una ocasión, cuando le pregunté si había dormido en el santo día de Pascua, mientras los demás hermanos descansaban al mediodía según la costumbre, dijo: "Ciertamente, padre, dije en mi corazón, ¿por qué dormir en el día cuando las noches son aún tan largas? Extendiendo los brazos en forma de cruz, comencé el salterio, y al terminarlo de pie, inmediatamente sonó la señal de la hora nona. De esta manera uní la victoria de la cruz con la gloria de la Resurrección. En otra ocasión, mientras conversábamos como de costumbre sobre las obras diarias, dijo: "También esta noche te contaré lo que me sucedió. Pues cuando me levanté del sueño, extendí los brazos en forma de cruz y comencé el salterio; y habiendo recitado todos los salmos y cánticos, himnos que siguen, ya estaba en el punto de concluir todo con el salmo de la fe católica y las letanías, cuando me vino a la mente dejar eso por un momento y recitar el salterio por los difuntos. Así que, sin bajar los brazos, pasé al salterio de los difuntos, que según la costumbre, dividí en tres partes con la interpolación de lecturas cada cincuenta salmos. Al terminarlo, volví

inmediatamente a lo que había dejado; y completé lo que quedaba del primer salterio. Y cuando estaba pensando en abordar el tercer salterio consecutivo, de repente sonó la señal de la sinaxis nocturna, que me obligó a dejar los brazos y celebrar el oficio con los hermanos; y ciertamente entonces no sé en qué época del año, las noches eran más cortas.

CAPÍTULO XI. Se flagela maravillosamente con una escutica.

Unos años antes de su muerte, como si encontrara un nuevo tipo de suplicio, convirtió las escobas de varas en escuticas de correas; y habiéndolas probado una vez, porque son más duras, adoptó la costumbre de flagelarse con ellas. Este flagelo, cuando salía al mundo, lo llevaba en el seno, para que dondequiera que se encontrara, no dejara de flagelarse. A veces, cuando el lugar no le permitía desnudarse por completo, al menos se golpeaba las piernas y los muslos, la cabeza y el cuello. También, como los cuatro círculos de hierro que usaba se habían vuelto casi insignificantes por la larga costumbre, añadió otros cuatro, de modo que dos le apretaban las caderas y dos las piernas. En verdad, las corazas que usaba, como si fueran cilicios o cualquier vestimenta de lana, las lavaba después de meses o de un período más largo, para quitarles el óxido y que no causaran escozor en sus miembros secos. Además, mientras todos los que habitamos en celdas nos esforzamos por que las vestiduras lleguen hasta el suelo para proteger los pies del frío, esto también nos parecía intolerable en él, porque aunque en el desierto siempre desconocía las botas y los zapatos, sus vestiduras apenas llegaban a la mitad de las piernas. Desnudo para recibir la disciplina en el capítulo, lo cual nunca quería omitir, sus miembros, desgastados por el ayuno y lacerados por la coraza de malla, parecían haber adquirido una negrura etíope. Sus vestiduras, en verdad, parecían desgastadas y carcomidas por la vejez. A menudo me decía: "La salmodia avanza rápidamente para quien salmodia si el corazón se mantiene en las palabras, si la mente comprende verdaderamente lo que la lengua pronuncia; de lo contrario, si el corazón vaga, el curso de los salmos se lleva a cabo lentamente, con la lengua a veces fallando, a veces enfriándose." También decía que el sueño engendra sueño, y las vigiliat engendran vigiliat. Pues el cuerpo humano, en lo que primero se nutre poco a poco, en eso se fortalece después por incrementos.

Pero aquí alguien podría reprocharme, quien, en efecto, no tanto desea escuchar qué orden de vida tenía el Santo Varón, sino en qué milagros brilló en esta vida. A quien me basta responder brevemente, ya que ni María ni Juan Bautista se dice que hayan hecho milagros, aunque su vida se narra no en cualquier Escritura, sino en el Evangelio. Aunque María, en el solo parto que dio, sin duda supera las virtudes y señales de todos los santos. También añadiré que la vida admirable de los hombres santos ofrece un fruto más abundante a los oyentes que los milagros mostrados. Aquella exige imitación, estos solo imponen admiración. Los milagros enseñan cómo fueron aquellos santos; la vida, en cambio, insinúa cómo los hombres pueden llegar a ser santos ahora. Además, quien busca un milagro, ¿no le parece milagroso que un hombre, aún rodeado de carne frágil, viva, por así decirlo, como un ángel, de modo que entre muchos miles de hombres apenas puedas encontrar uno semejante a él? Y ciertamente, hoy en día hay muchos de vida inferior, a través de los cuales Dios Todopoderoso se digna mostrar virtudes.

Jesús es testigo, no miento, pues no han pasado aún tres meses desde que dos jóvenes monjes vinieron a mí, mientras residía en el desierto de Gamugni, de los cuales uno dijo ser de la monarquía de Spoleto, y el otro de las partes de Venecia, de la ciudad de Pola. Pero el veneciano, llamado Miguel, como nos dijo en confesión, al inicio de su conversión, se ató con un círculo de hierro bajo esta promesa de su deseo, rogando fervientemente a la clemencia de Dios Todopoderoso que, cuando encontrara un lugar adecuado para su

salvación, ese círculo se rompiera de inmediato. Pues el mismo día en que el nuevo huésped entró en el desierto, apenas tres horas después, mientras leía como podía, sílaba por sílaba, en la regla de San Benito, como es un idiota, de repente el espíritu de compunción lo disolvió en lágrimas, y en ese mismo momento el círculo apareció roto. Este milagro, ya que recordamos haberlo descrito en otro lugar, lo pasamos rápidamente y relatamos otro que aún no ha sido insertado en las letras.

CAPÍTULO XII. Excesos del Santo Varón en el dominio de la carne.

Poco después, por mi orden, se dirigió a la ciudad de Rávena para recoger sus pertenencias y equipaje, que había dejado allí al desembarcar del barco. Allí, en las tiendas de los herreros, fabricó nuevos instrumentos de ataduras de hierro, y se ató violentamente con muchos vínculos en diversas partes del cuerpo, siendo él mismo juez y reo. Pues dos cadenas colgaban desde el cuello por los hombros a ambos lados, una hasta el sexo, la otra hasta el muslo; y llevaba dos círculos en las caderas y dos en los brazos. Así, rodeado por todas partes con tan múltiple constricción, regresó a nosotros y en secreto mostró lo que había hecho; y apenas logró obtener lo que deseaba, que no cambiara lo que había hecho. Pero como estas torturas lo agobiaban más allá de sus fuerzas, y ya comenzaba a brotar un hedor de las carnes laceradas, además se sumó el hecho de que el corazón del hermano, que rechazaba la gloria, se perturbó más. Pues la fama de este misterio comenzó a difundirse, primero entre los hermanos, luego en boca de cualquier visitante. Rogó entonces a la misericordia de Dios Todopoderoso que le mostrara claramente, por un signo de su poder, lo que le agradaba sobre este propósito. Mientras tanto, mientras frecuentemente insistía en tales oraciones, dos veces fue confortado en sueños, escuchando que esos hierros ya habían sido divinamente resueltos. Pues en la festividad de los santos apóstoles Simón y Judas, que acabamos de celebrar, mientras participaba en el oficio nocturno con los hermanos, de repente dos de esos hierros que estaban sobre los hombros y colgaban hacia abajo, apretando el vientre y los riñones, se rompieron por completo, y uno se dividió en dos partes, el otro en tres. Los otros círculos no se rompieron en partes, pero se aflojaron de tal manera y se volvieron flexibles con una cierta suavidad que parecían no tanto de hierro como de plomo, de modo que incluso si quisiera apretarse con ellos al deslizarse y caer, ya no podría. Así, el hermano que había sido constreñido por el ardor de la santa devoción, fue milagrosamente liberado por el piadoso juicio de Dios. ¿Qué gran cosa sería, entonces, si Dios hubiera querido mostrar algún signo a través de Dominico, un hombre verdaderamente admirable, cuando en el mismo comienzo de su carrera, a través de este joven, se dignó exhibir dos milagros, siendo más loable realizar cosas fuertes que nuevas? Por eso David, después de haber dicho: "Dios es admirable en sus santos", añadió inmediatamente: "Él dará poder y fortaleza a su pueblo" (Salmo LXVII). No dijo signos ni prodigios, sino que él dará poder y fortaleza.

Además, cuando un romano llamado Esteban, juez del sagrado palacio, administraba la suma presidencia en Auximo, por causa necesaria, Dominico fue a él y le rogó fervientemente sobre una posesión del eremitorio que mantenía por derecho de la sede apostólica. Pero él, despreciándolo como a alguien sin importancia por su vestimenta, lo despreció y no le concedió nada de lo que pedía. Y cuando los que estaban alrededor le dijeron: "No lo recibas tan duramente, pues es un hombre santo." Él, como vomitando hiel, dijo: "Sea santo, como queráis: pero ciertamente San Pedro es más santo, cuya causa defiende en esta administración." Así, Dominico, sin lograr su propósito, regresó a su celda; y él también, poco después, regresó a Roma. Pero un joven despreciable, que quedó en la administración para ejecutar cualquier asunto, cumplió reverentemente todo lo que Dominico había pedido al juez. El juez, sin embargo, no mucho después de haber regresado a su hogar, fue asesinado

por espadas enemigas, y dejó muchas riquezas a herederos extraños, ya que no tenía descendencia.

Además, Dominico era muy cauteloso en sus palabras, de modo que le convenía perfectamente aquella sentencia en la que el apóstol Santiago dice: "Si alguno no ofende en palabra, este es un hombre perfecto" (Santiago III). Pues si alguna vez se le preguntaba qué hora del día era, nunca decía absolutamente: "Es la hora", sino que siempre añadía: "Es casi la tercera hora, es casi la sexta hora." Cuando le pregunté por qué siempre decía así, respondió: "En esto evito la mentira. Pues ya sea que la hora haya pasado o aún esté por venir, es cercana, ya que no está lejos del momento en que hablamos."

Había tenido alguna vez una celda junto al monasterio, que se llama Conjunctuli. En la vigilia del Nacimiento del Señor, después de haber permanecido encerrado durante toda la Cuaresma anterior, y estando muy afligido por tantos ayunos y trabajos, salió invitado por la gloria de la solemnidad, se postró humildemente ante el abad del lugar, pidió perdón, y acusó lacrimosamente sus actos y pensamientos. Sin embargo, como era joven, de costumbres ligeras e inexperto en consejos espirituales, aunque le hubiera bastado imponerle un salmo o algo muy pequeño, le ordenó que por lo que había confesado, recitara treinta salterios. Con esta sentencia, como si fuera una flecha, fue herido en el corazón, y consideró que esto había sucedido por disposición del juicio divino. Así que regresó a su celda y nunca salió hasta que cumplió con la penitencia impuesta con la más intensa diligencia.

CAPÍTULO XIII. Feliz suceso de su partida de esta vida.

Solía, aunque muy escasamente, beber vino; pero mucho antes de morir, decidió abstenerse completamente de él. Así que, dejando de lado otras cosas, llegamos a su muerte, sufría de pesadez en el estómago, y además era atormentado por frecuentes dolores de cabeza. Y como a menudo uno procede del otro, decidió tomar una poción de antídoto para purgar el estómago. El viernes, durante todo el día, apenas dejó de cantar salmos o de flagelarse con correas. Pero en la noche, dejando el sueño, tomó el antídoto, y luego comenzó a angustiarse y a quejarse gravemente del dolor de estómago. Después de la conclusión del oficio de la sinaxis nocturna, después de los himnos matutinos, cuando ya la primera hora era cantada por los hermanos presentes, entregó su santo espíritu a Dios. Encontraron también otra camisa de cilicio, además de la que llevaba puesta, colocada a sus costados al modo de una sábana. Por lo cual los hermanos sospecharon que esto no le había sucedido de ninguna manera por casualidad, y que solía tenerla sobre él cuando estaba sano, sobre la cual también yacía en su enfermedad.

Un hermano soñó entonces conmigo, que había perdido la luz de mis ojos. Cuando le conté esto a Hildebrando, el venerable archidíacono de la Iglesia Romana en el palacio de Letrán, dijo: "De ninguna manera, como temes, esto es un indicio de muerte cercana para ti, sino que alguien cercano a ti se extinguirá, alguien que te es querido como un ojo y luz tuya, y que parece un esplendor en buenas obras". ¡Oh, verdadero, pero más amargo que cualquier hiel presagio! Tres días después de haber salido de las murallas de Roma, me llegó una cruel noticia, que me dejó ciego sin esperarlo: que mi Señor y mi iluminador, Domingo, había salido recientemente de este mundo. Inmediatamente me quedó claro que, mientras él pedía al autor de la luz, yo había quedado en la oscuridad de las tinieblas. Los hermanos, para que su cuerpo no fuera arrebatado de sus manos por los monjes vecinos, lo enterraron rápidamente en la misma celda donde murió. Pero nosotros, el mismo día domingo en que entramos en el eremitorio, trasladamos reverentemente su santo cuerpo, como era digno, y lo

sepultamos en el capítulo. Y cuando era el noveno día de su deposición, encontramos el cuerpo intacto e incorrupto.

Vayan ahora aquellos que se deleitan en los placeres de su carne, absorban las médulas de los placeres, y sean alimentados para el fuego eterno como víctimas de la matanza, se exalten con los cuernos de la soberbia, atormenten a los inocentes, vivan suavemente a su antojo, para que luego sus entrañas amarguen siempre con penas vengadoras. Ahora, como caballos desenfrenados, corran por los prados de sus placeres, para que luego sus manos y brazos sean contenidos por las riendas de la extrema restricción (Gal. VIII). Nuestro Domingo, sin embargo, llevó las marcas de Jesús en su cuerpo, y no solo pintó el estandarte de la cruz en su frente, sino que también lo imprimió en todos sus miembros. Seco y árido de la humedad del cálamo, y de los juncos, mereció ser regado con las lluvias de la gracia celestial. Aquí se ciñe con una coraza de hierro, allí se adorna con vestiduras blancas de la gloria angélica. Aquí es desgastado por la dureza del lecho, allí es confortado en el suave regazo de los patriarcas. Toda esta vida se convirtió para él en una preparación para la cruz, pero allí celebra festiva y espléndidamente la gloria eterna de la resurrección. Ahora brilla entre las piedras encendidas de la Jerusalén celestial, ahora adornado con los títulos de sus victorias triunfa con eterna alabanza, y en aquella alegre sociedad de los ciudadanos bienaventurados se regocija.

Murió el Beato Domingo el día antes de los Idus de octubre, reinando nuestro Señor Jesucristo, quien con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.